

movedor en la obscuridad que los rodeaba. Dijo dulcemente:

—No seas tonto... ¿por qué gritas?

—Quiero quedarme solo... y concluir mi canción...

Y dió algunos pasos tambaleándose y vociferó con voz desgarradora:

He cantado y ya no quiero violar  
su reposo eterno.

¡Señor! tened lástima de mi alma;

está herida mortalmente...

¡Señor! acordadle la paz...

Aquellos aullidos llenaron de espanto el alma de Tomás. Corrió á su camarada, pero antes de que llegase á él, Ejóff exhaló un grito estridente y cayó pesadamente á tierra, con los brazos en cruz. Sollozaba y exhalaba quejas, y después lloró en silencio como un niño.

—¡Nicolás! decía Tomás, cogiéndole por los hombros; vamos, anda... ¿qué significa esto? ¡Dios mío!... ¡Nicolás! Basta... ¿No te da vergüenza?

Pero Ejóff no experimentaba ninguna vergüenza. Se escabullía como un pescado que acaba de sacarse del agua, y desde que Tomás pudo ponerle en pie, se le pegó abrazándose á él y apretándose contra su pecho siempre llorando.

—¡Vaya, vaya! gruñía Tomás entre dientes. Cálmate, amigo mío...

Lleno de lástima y compasión por aquel hombre que la vida hollaba tan despiadadamente, con el alma llena de hiel y de rabia, Tomás se volvió hacia la ciudad, brillante de luz, y gritó con voz fuerte y llena:

—¡Anatema! ¡Malditos seáis! Paciencia... Vuestras tornas llegaron. ¡Malditos seáis!

XI

¡Liubovka! dijo un día Maiakín volviendo de la Bolsa, prepárate esta noche á recibir un pretendiente. Haznos una buena cena... Pon en la mesa la vajilla de familia... los vasos para las frutas... Es necesario que nuestro servicio salte á la vista... Quiero que se sepa que aquí no tenemos sino objetos de valor.

Liubovka repasaba los calcetines de su padre sentada cerca de la ventana, la cabeza inclinada sobre el trabajo.

—¿Para qué tantas historias, papá? preguntó con voz descontenta.

—Es la salsa... obligatoria... Es la costumbre también... una hija no es como un caballo, no se deshace uno de ella sin haberla antes adornado...

Liubov roja levantó la cabeza vivamente; puso á un lado su trabajo y miró á su padre... después volvió á coger los calcetines y se puso á trabajar con ardor. El viejo se paseaba en la estancia, tirándose de los pelos de la barba; su mirada era dirigida sobre algo invisible y lejano y toda su actitud

denunciaba una grave preocupación. La joven comprendió que no estaría dispuesto á escucharle y que no comprendería toda la humillación que le inflingiera. Sus sueños románticos de un marido instruído, que hubiese sido su compañero, con el cual hubiese podido continuar sus lecturas elevadas, fuente de claridad para sus pensamientos y sus deseos, eran ahogados por la voluntad implacable de su padre que le imponía este casamiento con Smolín. Una amargura y una gran tristeza invadieron su corazón.

Se había habituado á considerarse superior á las jóvenes de su medio, hijas de comerciantes, frívolas y tontas, preocupadas únicamente de sus tocados, que se casaban por razón y no por amor.

Y he ahí que le llegaba su turno, iba á casarse porque era tiempo y su padre buscaba un yerno y un heredero. Y aquel padre se decía que ella era insuficiente para atraer la atención de un hombre y que á más hacía falta el atractivo de la vajilla de familia.

Alterada, trabajaba nerviosamente, se pinchaba los dedos, rompía las agujas, pero se callaba, sabiendo por experiencia que el corazón de su padre permanecía sordo á todas sus palabras.

El viejo continuaba su paseo á través del cuarto, ya canturreando salmos, ya morigerando la conducta que ella debía seguir con Smolín. Hacía al mismo tiempo cálculos con los dedos, sonreía, ó fruncía las cejas...

—¡Hum!... así es! Juzgadme Señor y preservarme de todo hombre pillo y falso... Sí... Pónte las esmeraldas de tu madre, Liobov.

—¡Basta, papá! exclamó la joven desesperada. Dejad eso...

—No repliques... trata más bien de escuchar los consejos que se te dan...

Se abismó de nuevo en sus cálculos, cerrando á medias los ojos y moviendo los dedos.

—Treinta y cinco por ciento... ¡hum!... Este muchacho es un bribón... ¡Consérvanos, Señor, la luz y la verdad.

—¿Papá? interrumpió Liobov con voz temerosa y abatida.

—¿Eh?

—¿Os agrada... quizás?

—¿Quién?

—Smolín.

—¿Smolín? Si es un pillo, un muchacho serio... un excelente comerciante. ¡Y con estas, me voy! ¡Vamos! está sobre aviso...

Una vez sola, Liubov abandonó su trabajo y se apoyó en el respaldo de la silla, cerrados los ojos. Había puesto sus manos en sus rodillas y apretaba con tal fuerza una contra otra que hacía crujir los huesos. Cruelmente humillada en su amor propio y aterrorizada ante un porvenir desconocido, dirigía mentalmente á Dios esta plegaria:

—«¡Dios mío! ¡Si pudiese ser un hombre bien educado! ¡Haz, Dios mío, que sea un hombre de corazón! ¡un hombre de bien! ¡Oh! ¡Dios mío! Un hombre cualquiera viene, mira... y te coge para largos años... si le agrada! ¡Qué vergüenza! ¡Qué horror! ¡Dios mío! ¡Dios mío! Si pudiese huir... ¡Si encontrase á alguien que me aconsejara! ¡Qué hacer? ¿Quién es él? ¿Cómo hacer para conocerle? ¡No puedo nada! ¡Y sin embargo, cuánto he meditado! He leído... ¿de qué me sirven las lecturas? Y para qué el saber que hay otro medio... puesto que no puedo... Quizás si no hubiese leído tanto... la vida me sería más fácil... ¡Qué suplicio!... ¡Qué desgraciada soy!... miserable! ¡sola!... ¡Si al menos estuviese Taras!...»

El recuerdo de Taras, avivó su tristeza y aumen-

tó la lástima que le inspiraba ella misma. Había escrito á Taras una larga carta, exaltada, llena de cariño y de esperanzas que en él ponía. Suplicaba á Taras viniese en seguida á ver á su padre. Formaba planes para su vida común, afirmaba á Tara que su padre era de una inteligencia superior y era capaz de comprenderlo todo, y todo asimilarlo. Le contaba la tristeza de su soledad, admiraba la vitalidad sorprendente del viejo y se quejaba al mismo tiempo del modo con que la trataba.

Durante quince días, esperó temblando la respuesta tan deseada y cuando por fin llegó ésta y Liobov la hubo devorado, anegóse en lágrimas, lágrimas de alegría y de decepción. La respuesta era corta y seca. Taras decía que dentro de un mes vendría para negocios en el Volga y que no dejaría de visitar á su padre si en realidad el viejo no veía inconveniente en ello.

Aquella carta era glacial. La leyó varias veces, y llorando la estrujó; ¡no podía hacerla más afectuosa! El papel amarillento cubierto de una escritura firme y gruesa que tenía entre sus dedos, evocaba en su imaginación un rostro arrugado, huesoso, sombrío, mirada sospechosa, el retrato de su padre.

Contraria fué la impresión que esta carta produjo á Jacob Tarasovitch... Sabiendo que su hijo había escrito, el anciano se emocionó, se animó y dijo á su hija con una sonrisa peculiar:

—¡Vamos dámela! Déjame ver... Qué se pueda juzgar lo que escribe la gente de talento... ¿Dónde están mis gafas?... ¡Hum!... «Mi querida hermana!» Sí...

El viejo se calló; leyó la carta de su hijo y la puso sobre la mesa. Sus cejas se elevaron y dió algunos pasos á través del cuarto, abismado en sus meditaciones. Después releyó la carta; dió con los dedos en la mesa, tecleando y declaró:

—Esta bien... es una carta sensata... no tiene nada de más... Pues bien, este muchacho se ha corregido quizás en las regiones polares... Los fríos allá son terribles... Que venga... Siento curiosidad por verle... Sí... Hay también el los salmos de David, sobre los misterios del hijo, un versículo muy justo, pero no lo recuerdo de memoria... En fin, conversaremos despacio.

El viejo ensayaba hablar con calma y una sonrisa desdeñosa erraba en sus labios; pero sus arrugas temblaban y sus ojos resplandecían con brillo particularmente vivo.

—Escríbele otra vez Liubov; dile que venga... ¡qué se venga resueltamente!

Liubov había escrito una segunda carta á Taras, pero aquella vez una carta tranquila y reposada, y esperaba la respuesta de un día á otro, esforzándose por representarse este hermano misterioso. Siempre había soñado con él, lleno el corazón de ese piadoso respeto que los creyentes sienten por los santos y los ascetas. Ahora, veía su posición, adquirida á precio de sufrimientos, de su juventud perdida en un destierro alejado, obtenía el derecho de juzgar á los hombres y la vida... Va á venir y le preguntará:

—«¿Te casas libremente y por amor?»

¿Qué le responderá ella? ¿Le perdonará su cobardía? ¿Por qué se casa? ¿Ha hecho realmente todo lo que estaba en su poder para cambiar el curso de su vida?

Pensamientos melancólicos surgían uno á uno en el cerebro sobreexcitado de la joven, atormentándola y turbándola en su impotencia de oponerles una voluntad firme, un deseo bien definido.

En este estado nervioso, vecino de la desesperación costándole trabajo retener las lágrimas, hizo maquinal, pero estrictamente, lo que su padre le

ordenara. Dispuso la mesa, colocó la vajilla antigua y cristales preciosos, vistióse una bata de seda gris y colgó de sus orejas enormes esmeraldas, alhajas de familia de los príncipes Grusinski, en manos de su padre, á título de garantía, con otras numerosas curiosidades. Al mismo tiempo que se miraba en el espejo, vió que sus labios carnosos parecían más rojos aún ante la palidez de su rostro alterado por la emoción. Su busto, de formas repletas, ondeado por la seda gris le daba cierto aire majestuoso que le surgería la idea de ser digna de atraer la atención de un hombre.

Peró el brillo de las piedras verdes, suspendidas de sus orejas, la hirió como un adorno supérfluo y le pareció que su reflejo esparcía un tinte amarillento en sus mejillas. Las retiró y las reemplazó por rubís pequeñitos, sin cesar de pensar en Smolín. Se preguntaba: «¿Qué hombre es este? ¿Cuál es su carácter? ¿Cuáles son sus aspiraciones? ¿Es amante de las letras?»

Notó que tenía ojeras negras alrededor de los ojos y se puso á cubrirlos de polvos, diciéndose que era una desgracia ser mujer, y dirigiéndose amargos reproches por su debilidad de carácter. Cuando el color obscuro hubo desaparecido bajo la capa de blanco de polvos de arroz, Liubov vió que sus ojos perdían su brillo y quitóse los polvos... Una última ojeada en el espejo le dejó la agradable impresión de una bella persona. Este sentimiento la calmó y entró en la sala comedor con el paso seguro de una rica heredera que conoce lo que vale.

Su padre y Smolín estaban ya allí.

Liubov se detuvo en el dintel, los ojos ligeramente cerrados y los labios apretados. Smolín se levantó, avanzó hacia ella y se inclinó respetuosamente. Apreció la cortesía de este saludo y el corte elegante de la levita que oprimía sin hacer una

arruga la ligera cintura de Smolín... Había cambiado poco, seguía tan rojo, los cabellos cortados al rape, el rostro cubierto de manchas escarlatas; pero al presente tenía un hermoso bigote sedoso y largo y sus ojos parecían más grandes.

—¿Qué tal te parece, ¿eh? dijo Maiakin á su hija presentándosele.

Smolín estrechó la mano que ella le tendía y dijo sonriendo:

—¿Oso esperar que no habréis olvidado completamente á un antiguo camarada?

—¡Está bien! Hablaréis más tarde, dijo el viejo, tratando de adivinar el pensamiento de su hija. Concluye de arreglarlo todo, Liubov, mientras que nosotros terminamos nuestra conversació. ¡Vamos! Africán Mitrich, explícate...

—¿Dispensad, Liubov Jacovlevna? preguntó amigablemente Smolín.

—Continúa, te lo suplico, dijo Liubov.

«Cortes y listo,» se dijo ella.

Y yendo y viniendo del aparador á la mesa, escuchaba con atención las palabras de Smolín. Hablaba seguramente, con seguridad, tratando ponerse al nivel de su interlocutor.

—He estudiado cerca de cinco años la situación de los cueros rusos en los mercados extranjeros. ¡Mala y triste situación! Hace treinta años, nuestro cuero era considerado como inmejorable, mientras que hay los pedidos bajan y los precios también, por supuesto. Además, es natural, pues todos estos pequeños productores, á quienes falta capital y conocimientos técnicos, son incapaces de levantar su industria, bajando los precios. Su cuero es detestable y ridículamente caro. Todos positivamente son culpables ante la Rusia, pues han perdido la reputación que este país se había adquirido como productor de los mejores cueros. Por regla general, el

fabricante al detalle sin conocimientos especiales y sin medios, colocado por consiguiente en la imposibilidad absoluta de mejorar su industria y de ponerla al nivel del progreso técnico realizado, es la desgracia de un país, la ruina del comercio... una planta parásita...

—¡Hum! gruñó el viejo, que con un ojo seguía todos los movimientos de su hija y con el otro miraba á su invitado. Entonces, su intención hoy es crear una fábrica gigantesca que será para los demás, el feretro y la tapadera.

—¡Oh! no, exclamó Smolín con gesto negativo. ¿Para qué hacer daño á los demás? ¿Con qué derecho? mi proyecto es levantar la reputación y el precio de los cueros rusos en el extranjero, y armado de conocimientos especiales y profundos del asunto, quero montar una máquina modelo y no vender sino géneros perfectos. El honor comercial del país...

—¿Qué capital piensas consagrar á ello? preguntó el viejo pensativo.

—Trescientos mil rublos aproximadamente...

«Mi padre no me dará semejante dote», pensó Liubov.

—Mi fábrica pondrá en venta cueros, bajo forma de maletas, de calzado, de correas, de arneses, etc., etc.

—¿Y qué interés imaginas sacar tú del dinero?

—No me imagino nada, calculo con toda la precisión necesaria y posible en nuestro país, dijo Smolín reposadamente. El industrial debe estar lleno de sangre fría como el mecánico que crea una máquina. Puedo daros una nota que he redactado, según mis estudios personales, sobre la cría del ganado y el consumo de la carne en Rusia...

—¡Hombre! dijo sonriendo Maiakin. Tráeme esa nota, ¡es curioso! Veo que no has perdido el tiempo

en tus viajes á través de la Europa occidental. Ahora, según costumbre rusa, comamos algo.

—¿Qué tal va, Liubov? preguntó Smolín cogiendo su cuchillo y su tenedor.

—Lleva una existencia bien triste, se apresuró á responder Maiakin. Es mi ama de llaves; toda la casa está á su cargo... no le queda tiempo para diversiones...

—Ni la ocasión, hay que añadir, dijo Liubov. Las reuniones y los bailes de los comerciantes no me gustan ni chispa...

—¿Y el teatro? preguntó Smolín.

—Voy muy raramente. No tengo á nadie que me acompañe.

—¡El teatro! exclamó el viejo. Dí, ¿por qué la absurda costumbre de representar al comerciante como un imbécil y un salvaje? Es muy raro, pero incomprendible porque no es cierto. ¿Soy un imbécil yo, que soy el amo en todo, así en el ayuntamiento como en el comercio y así mismo del teatro que por cierto es mío? Veo al comerciante en escena y no es conforme con la realidad. Es cierto que piezas como: *La vida por el Czar* con canto y danza ó bien: *Hamlet* ó aun *la Maga Basilisa*, no tienen necesidad de ser verdaderas, puesto que es el pasado que no nos importa... Que sea verdad ó mentira poco importa siempre que esté bien! Pero si es una pieza de actualidad, la mentira es prohibida. Se debe representar al hombre tal cual es...

Smolín escuchaba al viejo, con sonrisa cortés en los labios y echaba miradas á Liubov á hurtadillas como si la azuzase á replicar.

—Sin embargo es menester convenir, papá, que la mayor parte de nuestros comerciantes son gente sin educación, salvajes...

—Sí, apoyó Smolins con sentimiento, es una verdad triste.

—Tomás por ejemplo... prosiguió la joven.

—¡Oh! exclamó Maiakín, sois jóvenes, á vosotros la palabra...

—¿No pertenecéis á ninguna sociedad? preguntó Smolín á Liubov. Aquí hay varias...

—Verdaderamente suspiró Liubov, vivo alejada de todo...

—¡Los cuidados de la casa! dijo el padre. Ved qué cantidad de porcelanas tenemos... todo debe estar en orden, cuidadosamente puesto.

Echó una mirada satisfecha á la mesa resplandiente de cristales y de argentería á las vitrinas llenas de objetos preciosos y que parecían á un escaparate de almacén. Smolin examinó también todo lo que le rodeaba y una sonrisa irónica plegó sus labios. Después trasladó su mirada á Liubov con expresión amigable y compasiva. Un ligero rubor se extendió por sus mejillas y se dijo con tímida alegría: «¡Gracias Dios mío!

Le pareció que la luz de la gran lámpara de bronce proyectaba un brillo más vivo: el cuarto apareció más claro y en las facetas de los cristales la luz bailó alegremente.

—Me gusta nuestra buena vieja ciudad, decía Smolín, sonriendo amigablemente á la joven, es tan hermosa... tan animada, se respira un aire reconfortante vivificador, que predispone al trabajo... Su situación pintoresca contribuye á ello... Se desea vivir una vida amplia y sana... trabajar mucho y seriamente... Sin contar que es un centro intelectual... Miren qué periódico más excelente se publica ahora. A propósito, queremos comprarlo...

—¿Quién, nosotros? preguntó Maiakín.

—Yo, y Urvantzeff Tchuzine...

—¡Está muy bien! exclamó el viejo dando un golpe sobre la mesa. ¡Perfectamente! ¡Tiempo es de taparles la boca! ¡ya lo creo que es tiempo! Sobre

todo á ese pillo de Ejoff... A ese debéis rematarle y seriamente.

Smolin echó aun una mirada sonriente á Liubov cuyo corazón palpité de nuevo. Muy ruborizada se volvió hacia su padre, dirigiéndose en realidad al joven.

— Tanto como me es posible juzgar á Africán Dmitrievitch afirmo que no tiene de ningún modo la intención de rematar, como decís...

—¿Pero para qué sirve un periódico, preguntó el viejo alzándose de hombros. Palabras en el aire y agitación, movimiento estéril... Es cierto que si gente seria lo dirigiese, si el traficante mismo se pusiese á escribir...

—La publicación de un periódico, interrumpió Smolín con tono doctoral, examinada bajo el punto de vista comercial, puede ser un buen negocio. Pero el periódico tiene también otro fin, más importante: la defensa de los derechos del ciudadano y de los intereses industriales y comerciales...

—Es precisamente lo que yo digo: si el traficante lo dirigiese el mismo, el periódico sería útil.

—Permitame papá dijo Liuba.

Experimentaba el deseo de expresar sus ideas ante Smolin. Quería hacerle comprender que sentía el valor de sus palabras, que no era la vulgar hija del traficante, frívola, ocupada de trapos y de danzas. Smolín le agradaba. Encontraba por primera vez un traficante que habla vivido largo tiempo en el extranjero, que razonaba bien, vestía elegante y que tomaba con Maiakín, la cabeza más fuerte de la ciudad, aquel tono de condescendencia que tienen las personas mayores cuando se dirigen á los niños.

«Después del casamiento le pediré me lleve al extranjero», pensó de repente; y esta idea la alteró de tal punto que perdió el hilo de sus pensamientos

y no supo lo que quería decir á su padre. Se calló durante algunos segundos, y, toda confusa, se decía que su silencio iba á ser desfavorablemente interpretado por Smolín.

—Olvida dar vino á nuestro huésped, papá, concluyó por decir.

—Es asunto tuyo, eres tu la dueña de la casa, replicó el viejo.

—No se molesten, exclamó vivamente Smolín. No tomo nunca nada.

—¡Vamos! bromeó Maiakín.

—¡Os lo aseguro! Un vasito ó dos por casualidad, si me encuentro indispuerto; pero no comprendo como se puede beber vino por placer. Existen tantas distracciones diferentes para un hombre civilizado...

—Las mujeres, ¿eh? dijo el viejo, guiñando el ojo de un modo significativo.

Las mejillas y el cuello de Smolín se enrojecieron sobre la oleada de sangre que afluyó, y miró á Liubov pareciendo pedirle perdón.

—El teatro, los libros, la música, replicó secamente.

Liubov se puso radiante á estas palabras mientras que el viejo deslizaba hacia el joven virtuoso una mirada baja y decía con sonrisa sardónica:

—¡Eh! ¡la vida nos ha dejado otras! ¡Antes los perros se contentaban con una corteza; hoy la crema no les parece bastante buena! Dispensad la vulgaridad del proverbio; no es para vosotros especialmente, es una observación general y es verdaderamente circunstancial.

Liubov palideció, y avergonzada, miró á Smolín.

Este examinaba con calma imperturbable un salero esmaltado, de forma antigua, retorció su bigote y parecía no haber oído las palabras del viejo... Sus ojos sólo se habían oscurecido y sus labios

apretados acentuaban el dibujo firme de su barba.

—De modo, señor gran industrial, repuso Maiakín, como si no fuese nada, con trescientos mil rublos vuestro negocio marchará á las mil maravillas?

—Y en dieciocho meses, podré soltar el cargamento de géneros que se venderá como pasteles, añadió Smolín con una convicción inquebrantable, sus ojos fríos, fijos en los del viejo.

—Entonces, razón social: Smolín y Maiakín y ¿nada más? ¡Bueno!... solo que... no es demasiado tarde á mi edad emprender un nuevo negocio? Creo que mi ataud me espera desde hace tiempo... que dices tu eso?

Smolín por toda respuesta, soltó una carcajada sonora, pero indiferente y concluyó:

—¡Qué broma!

El viejo tembló oyendo esta risa y tuvo un movimiento hacia atrás involuntario. Los tres permanecieron en silencio durante algunos instantes.

—Sí, dijo Maiakín sin levantar su cabeza caída sobre el pecho. Es menester pensar, reflexionar...

Después levantó la cabeza, posó en su hija y en su futuro yerno una mirada profunda y dejando su asiento, dijo brutalmente:

—Voy á mi escritorio un momento... No os aburriréis, espero.

Y salió, arrastrando los pies, encorvada la espalda y la cabeza baja...

Solos, los jóvenes cambiaron algunas frases banales, despues se callaron, sintiendo que aquellas palabras los alejaban uno de otro. Se estableció un silencio molesto y pesado. Liubov cogió una naranja y se puso á pelarla con una atención exagerada.

Smolín bajó los ojos para mirarse el bigote y lo acarició con su mano siniestra. Después se puso á jugar con el cuchillo y dijo en voz muy baja:

—¡Soy muy indiscreto, escusadme! pero primero que vuestra existencia es muy penosa. Liubov... al lado de vuestro padre... pertenece á otro tiempo... y me parece muy severo...

Liubov tembló y levantó sus ojos reconocidos ha-Smolín.

—No tiene muy buen carácter, es verdad, pero ya estoy acostumbrada... Tiene sus cualidades...

—¡Oh! ¡es incontestable! Pero sois tan joven, tan bella, tan instruida, con vuestras ideas!... pues he oído hablar mucho de vos...

¡Su sonrisa era tan buena, tan compasiva, su voz se hacia tan tierna!... Un soplo tibio pasó en el aire y calentó sus corazones. La joven sintió germinar en el fondo de su alma, la esperanza tímida de la dicha y de la próxima libertad...

## XII

Al día siguiente, por la mañana, Tomás, de vuelta de su viaje al Volga, se encontraba en el cuarto de Ejóff. Sentado ante la mesa llena de periódicos. Ejóff le contaba lo que había ocurrido en la ciudad durante su ausencia:

—La elección de los comerciantes ha empezado: quieren nombrar alcalde á tu padrino ¡el viejo diablo! Como Satanás, es inmortal... tiene más de ciento cincuenta años. Da su hija á Smolín... ¡lo recuer-

das? ¡aquel de pelo rojo! Se preocupan mucho de él... ¡pero en los tiempos que corremos, se alaba á un hombre, cuando es un pillo redomado, puesto que ya no existen hombres! Africán es hoy un hombre culto; ha penetrado en la sociedad intelectual, ha hecho donaciones y á fe mía se ha creado una bella situación... En cuanto á mí, le tengo por un perfecto granuja; pero irá lejos, pues tiene el sentimiento del cálculo... Sí, amigo mío, Africán es un liberal... y un comerciante liberal es una mezcla de lobo y de cerdo, entreverado de sapo y vípera...

—¡Bah! ¡me río de eso! dijo Tomás con indiferencia. ¿Qué me importa? Y tú ¿sigues bebiendo?

—Yo lo creo; ¿por qué no?

A medio vestir, despeinado, Ejóff se parecía á un pájaro desplumado que sale del combate y aun no ha vuelto en sí.

—Bebo porque me hace falta de cuando en cuando apagar los ardores de mi corazón ulcerado. Y tú, leño húmedo, ¿te consumes aún poco á poco?

—¡Debo ir á casa del viejo! dijo Tomás con una mueca.

—¡Ten valor!

—No tengo grandes deseos de ir... Va á empezar sus sermones...

—Entonces no vayas...

—¡Es preciso!

—Entonces ve.

—¡Déjate de chanzas! dijo Tomás descontento. Cualquiera diría que realmente estás muy alegre...

—¡Y te juro que es así! exclamó Ejóff saltando de la mesa al suelo. ¡Qué repaso le he dado ayer en el periódico á cierto individuo! Y además he oído una historia muy instructiva: Algunas personas reunidas al borde del mar hablan de filosofía á propósito de la vida. Entre ellos un israelita dice: «Señores, ¿para qué tantas palabras inútiles? Voy